



En una de esas ciudades, de nombre olvidado desde hace mucho tiempo, vivía una vez un *halac uinic*, es decir, un jefe. Como no tenía descendencia, se sobreentendía que Chirumá, su hermano menor, lo iba a reemplazar un día.

Pero la esposa del jefe quería un hijo. Todos los días rezaba con la mayor fe. Y un día, como respuesta a sus plegarias, le nació un varoncito. El niño nació el día 13 del mes, un día de suerte ya que, según los mayas, los cielos eran 13.

Al momento de nacer la criatura se vio otra señal. Un hermoso colibrí se posó en la rama de un árbol frente a la majestuosa residencia. No se trataba de un pájaro cualquiera sino del colibrí más vistoso y más grande jamás visto por los alrededores. Por otra parte, nadie recordaba haber visto un colibrí quieto durante tanto rato.

El sumo sacerdote llegó a la conclusión de que era un buen augurio y dijo: —Los dioses han enviado un mensajero para decirnos que este niño será extraordinario, como ese colibrí.

